

Comunicar con el Corazón

56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales



Escuchar es, por tanto, el primer e indispensable ingrediente del diálogo y de la buena comunicación.

No se comunica si antes no se ha escuchado, y no se hace buen periodismo sin la capacidad de escuchar.

Escuchar con los oídos del corazón

PRESENTACIÓN

Estimados hermanos

En sintonía con la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales que se celebrará el próximo domingo 29 de mayo, la Comisión Diocesana de Medios de Comunicación Social de nuestra Diócesis de San Pedro Sula, ha preparado la Segunda Jornada de las Comunicaciones Sociales en nuestra diócesis a realizarse del 22-29 de mayo del año en curso.

Esta jornada tiene como objetivo sensibilizar, conocer y aprovechar las ventajas de los medios digitales como vehículos de acercamiento, interacción y evangelización de nuestras realidades pastorales. Al mismo tiempo, pretende motivar a las parroquias, CEBs y pastorales para que puedan leer y meditar el mensaje del papa Francisco y lo pongan en práctica en la misión que realizan.

Este año no hemos preparado un material con diferentes subsidios para poder, así, concentrarnos en la lectura del mensaje del papa Francisco que podría servir de mucha aplicación para nuestros servicios pastorales.

Les deseo una feliz Jornada de las Comunicaciones Sociales 2022.

Que Dios les guarde y acompañe siempre

P. Luis Estevez Estevez
Responsable Comisión Diocesana de MCS

MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO

Motivación: Les proponemos leer algunos extractos del mensaje en una reunión de las CEBs, grupos de la Diócesis, pastoral juvenil o en una reunión familiar.

Preparación (animador/coordinador): Es importante que el animador de las CEBs o el coordinador del grupo lea antes el mensaje del papa y prepare los elementos principales que leerá en la reunión. Recordamos algunos elementos para la reunión:

- Preparar la reunión en la casa que les recibe
- Colocar algunos signos que ambienten la reunión que vayan en concordancia con el mensaje del papa Francisco.
- Pueden seguir el esquema de las reuniones de las CEBs o grupos.
- Se les sugiere compartir las conclusiones de la reunión con otros hermanos o en las redes sociales.

Escuchar con los oídos del corazón

La escucha como condición de la buena comunicación



Queridos hermanos y hermanas:

El año pasado reflexionamos sobre la necesidad de “ir y ver” para descubrir la realidad y poder contarla a partir de la experiencia de los acontecimientos y del encuentro con las personas. Siguiendo en esta línea, deseo ahora centrar la atención sobre otro verbo, “escuchar”, decisivo en la gramática de la comunicación y condición para un diálogo auténtico.

En efecto, estamos perdiendo la capacidad de escuchar a quien tenemos delante, sea en la trama normal de las relaciones cotidianas, sea en los debates sobre los temas más importantes de la vida civil. Al mismo tiempo, la escucha está experimentando un nuevo e importante desarrollo en el campo comunicativo e informativo, a través de las diversas ofertas de podcast y chat audio, lo que confirma que escuchar sigue siendo esencial para la comunicación humana.

A un ilustre médico, acostumbrado a curar las heridas del alma, le preguntaron cuál era la mayor necesidad de los seres humanos. Respondió: “El deseo ilimitado de ser escuchados”. Es un deseo que a menudo permanece escondido, pero que interpela a todos los que están llamados a ser educadores o formadores, o que desempeñen un papel de comunicador: los

padres y los profesores, los pastores y los agentes de pastoral, los trabajadores de la información y cuantos prestan un servicio social o político.

Escuchar con los oídos del corazón

En las páginas bíblicas aprendemos que la escucha no sólo posee el significado de una percepción acústica, sino que está esencialmente ligada a la relación dialógica entre Dios y la humanidad. «Shema' Israel - Escucha, Israel» (Dt 6,4), el incipit del primer mandamiento de la Torah se propone continuamente en la Biblia, hasta tal punto que san Pablo afirma que «la fe proviene de la escucha» (Rm 10,17). Efectivamente, la iniciativa es de Dios que nos habla, y nosotros respondemos escuchándolo; pero también esta escucha, en el fondo, proviene de su gracia, como sucede al recién nacido que responde a la mirada y a la voz de la mamá y del papá. De los cinco sentidos, parece que el privilegiado por Dios es precisamente el oído, quizá porque es menos invasivo, más discreto que la vista, y por tanto deja al ser humano más libre.

La escucha corresponde al estilo humilde de Dios. Es aquella acción que permite a Dios revelarse como Aquel que, hablando, crea al hombre a su imagen, y, escuchando, lo reconoce como su interlocutor. Dios ama al hombre: por eso le dirige la Palabra, por eso “inclina el oído” para escucharlo.

El hombre, por el contrario, tiende a huir de la relación, a volver la espalda y “cerrar los oídos” para no tener que escuchar. El negarse a escuchar termina a menudo por convertirse en agresividad hacia el otro, como les sucedió a los oyentes del diácono Esteban, quienes, tapándose los oídos, se

lanzaron todos juntos contra él (cf. Hch 7,57).

Así, por una parte está Dios, que siempre se revela comunicándose gratuitamente; y por la otra, el hombre, a quien se le pide que se ponga a la escucha. El Señor llama explícitamente al hombre a una alianza de amor, para que pueda llegar a ser plenamente lo que es: imagen y semejanza de Dios en su capacidad de escuchar, de acoger, de dar espacio al otro. La escucha, en el fondo, es una dimensión del amor.

Por eso Jesús pide a sus discípulos que verifiquen la calidad de su escucha: «Presten atención a la forma en que escuchan» (Lc 8,18); los exhorta de ese modo después de haberles contado la parábola del sembrador, dejando entender que no basta escuchar, sino que hay que hacerlo bien. Sólo da frutos de vida y de salvación quien acoge la Palabra con el corazón “bien dispuesto y bueno” y la custodia fielmente (cf. Lc 8,15). Sólo prestando atención a quién escuchamos, qué escuchamos y cómo escuchamos podemos crecer en el arte de comunicar, cuyo centro no es una teoría o una técnica, sino la «capacidad del corazón que hace posible la proximidad» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 171).

Todos tenemos oídos, pero muchas veces incluso quien tiene un oído perfecto no consigue escuchar a los demás. Existe realmente una sordera interior peor que la sordera física. La escucha, en efecto, no tiene que ver solamente con el sentido del oído, sino con toda la persona. La verdadera sede de la escucha es el corazón. El rey Salomón, a pesar de ser muy joven, demostró sabiduría porque pidió al Señor que le concediera «un corazón capaz de escuchar» (1 Re 3,9). Y san Agustín invitaba a escuchar con el corazón (corde

audire), a acoger las palabras no exteriormente en los oídos, sino espiritualmente en el corazón: «No tengan el corazón en los oídos, sino los oídos en el corazón». Y san Francisco de Asís exhortaba a sus hermanos a «inclinarse el oído del corazón».

La primera escucha que hay que redescubrir cuando se busca una comunicación verdadera es la escucha de sí mismo, de las propias exigencias más verdaderas, aquellas que están inscritas en lo íntimo de toda persona. Y no podemos sino escuchar lo que nos hace únicos en la creación: el deseo de estar en relación con los otros y con el Otro. No estamos hechos para vivir como átomos, sino juntos.

La escucha como condición de la buena comunicación

Existe un uso del oído que no es verdadera escucha, sino lo contrario: el escuchar a escondidas. De hecho, una tentación siempre presente y que hoy, en el tiempo de las redes sociales, parece haberse agudizado, es la de escuchar a escondidas y espiar, instrumentalizando a los demás para nuestro interés. Por el contrario, lo que hace la comunicación buena y plenamente humana es precisamente la escucha de quien tenemos delante, cara a cara, la escucha del otro a quien nos acercamos con apertura leal, confiada y honesta.

Lamentablemente, la falta de escucha, que experimentamos muchas veces en la vida cotidiana, es evidente también en la vida pública, en la que, a menudo, en lugar de oír al otro, lo que nos gusta es escucharnos a nosotros mismos. Esto es síntoma de que, más que la verdad y el bien, se busca el consenso; más que a la escucha, se está atento a la audiencia. La buena

comunicación, en cambio, no trata de impresionar al público con un comentario ingenioso dirigido a ridiculizar al interlocutor, sino que presta atención a las razones del otro y trata de hacer que se comprenda la complejidad de la realidad. Es triste cuando, también en la Iglesia, se forman bandos ideológicos, la escucha desaparece y su lugar lo ocupan contraposiciones estériles.

En realidad, en muchos de nuestros diálogos no nos comunicamos en absoluto. Estamos simplemente esperando que el otro termine de hablar para imponer nuestro punto de vista. En estas situaciones, como señala el filósofo Abraham Kaplan, el diálogo es un “duálogo”, un monólogo a dos voces. En la verdadera comunicación, en cambio, tanto el tú como el yo están “en salida”, tienden el uno hacia el otro.

Escuchar es, por tanto, el primer e indispensable ingrediente del diálogo y de la buena comunicación. No se comunica si antes no se ha escuchado, y no se hace buen periodismo sin la capacidad de escuchar. Para ofrecer una información sólida, equilibrada y completa es necesario haber escuchado durante largo tiempo. Para contar un evento o describir una realidad en un reportaje es esencial haber sabido escuchar, dispuestos también a cambiar de idea, a modificar las propias hipótesis de partida.

En efecto, solamente si se sale del monólogo se puede llegar a esa concordancia de voces que es garantía de una verdadera comunicación. Escuchar diversas fuentes, “no conformarnos con lo primero que encontramos” —como enseñan los profesionales expertos— asegura fiabilidad y seriedad a las informaciones que transmitimos.

Escuchar más voces, escucharse mutuamente, también en la Iglesia, entre hermanos y hermanas, nos permite ejercitar el arte del discernimiento, que aparece siempre como la capacidad de orientarse en medio de una sinfonía de voces.

Pero, ¿por qué afrontar el esfuerzo que requiere la escucha? Un gran diplomático de la Santa Sede, el cardenal Agostino Casaroli, hablaba del “martirio de la paciencia”, necesario para escuchar y hacerse escuchar en las negociaciones con los interlocutores más difíciles, con el fin de obtener el mayor bien posible en condiciones de limitación de la libertad. Pero también en situaciones menos difíciles, la escucha requiere siempre la virtud de la paciencia, junto con la capacidad de dejarse sorprender por la verdad — aunque sea tan sólo un fragmento de la verdad— de la persona que estamos escuchando. Sólo el asombro permite el conocimiento. Me refiero a la curiosidad infinita del niño que mira el mundo que lo rodea con los ojos muy abiertos. Escuchar con esta disposición de ánimo —el asombro del niño con la consciencia de un adulto— es un enriquecimiento, porque siempre habrá alguna cosa, aunque sea mínima, que puedo aprender del otro y aplicar a mi vida.

La capacidad de escuchar a la sociedad es sumamente preciosa en este tiempo herido por la larga pandemia. Mucha desconfianza acumulada precedentemente hacia la “información oficial” ha causado una “infodemia”, dentro de la cual es cada vez más difícil hacer creíble y transparente el mundo de la información. Es preciso disponer el oído y escuchar en profundidad, especialmente el malestar

social acrecentado por la disminución o el cese de muchas actividades económicas.

También la realidad de las migraciones forzadas es un problema complejo, y nadie tiene la receta lista para resolverlo. Repito que, para vencer los prejuicios sobre los migrantes y ablandar la dureza de nuestros corazones, sería necesario tratar de escuchar sus historias, dar un nombre y una historia a cada uno de ellos. Muchos buenos periodistas ya lo hacen. Y muchos otros lo harían si pudieran. ¡Alentémoslos! ¡Escuchemos estas historias! Después, cada uno será libre de sostener las políticas migratorias que considere más adecuadas para su país. Pero, en cualquier caso, ante nuestros ojos ya no tendremos números o invasores peligrosos, sino rostros e historias de personas concretas, miradas, esperanzas, sufrimientos de hombres y mujeres que hay que escuchar.

Escucharse en la Iglesia

También en la Iglesia hay mucha necesidad de escuchar y de escucharnos. Es el don más precioso y generativo que podemos ofrecernos los unos a los otros. Nosotros los cristianos olvidamos que el servicio de la escucha nos ha sido confiado por Aquel que es el oyente por excelencia, a cuya obra estamos llamados a participar. «Debemos escuchar con los oídos de Dios para poder hablar con la palabra de Dios». El teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer nos recuerda de este modo que el primer servicio que se debe prestar a los demás en la comunión consiste en escucharlos. Quien no sabe escuchar al hermano, pronto será incapaz de escuchar a Dios

En la acción pastoral, la obra más importante es “el apostolado del oído”. Escuchar antes de hablar, como exhorta el apóstol Santiago: «Cada uno debe estar

pronto a escuchar, pero ser lento para hablar» (1,19). Dar gratuitamente un poco del propio tiempo para escuchar a las personas es el primer gesto de caridad.

Hace poco ha comenzado un proceso sinodal. Oremos para que sea una gran ocasión de escucha recíproca. La comunión no es el resultado de estrategias y programas, sino que se edifica en la escucha recíproca entre hermanos y hermanas. Como en un coro, la unidad no requiere uniformidad, monotonía, sino pluralidad y variedad de voces, polifonía. Al mismo tiempo, cada voz del coro canta escuchando las otras voces y en relación a la armonía del conjunto. Esta armonía ha sido ideada por el compositor, pero su realización depende de la sinfonía de todas y cada una de las voces.

Conscientes de participar en una comunión que nos precede y nos incluye, podemos redescubrir una Iglesia sinfónica, en la que cada uno puede cantar con su propia voz acogiendo las de los demás como un don, para manifestar la armonía del conjunto que el Espíritu Santo compone

Todos los instrumentos son importantes y aquel gran comunicador que se llamaba Pablo de Tarso hubiera utilizado el correo electrónico y los mensajes de las redes sociales; pero fue su fe, su esperanza y su caridad lo que impresionó a los contemporáneos que lo escucharon predicar y tuvieron la fortuna de pasar tiempo con él, de verlo durante una asamblea o en una charla individual. contemporáneos que lo escucharon predicar y tuvieron la fortuna de pasar tiempo con él, de verlo durante una asamblea o en una charla individual. Verificaban, viéndolo en acción en los lugares en los que se encontraba, lo

verdadero y fructuoso que era para la vida el anuncio de salvación del que era portador por la gracia de Dios. Y también allá donde este colaborador de Dios no podía ser encontrado en persona, su modo de vivir en Cristo fue atestiguado por los discípulos que enviaba (cf. *1 Co 4,17*).

«En nuestras manos hay libros, en nuestros ojos hechos», afirmaba san Agustín exhortando a encontrar en la realidad el cumplimiento de las profecías presentes en las Sagradas Escrituras. Así, el Evangelio se repite hoy cada vez que recibimos el testimonio límpido de personas cuya vida ha cambiado por el encuentro con Jesús. Desde hace más de dos mil años es una cadena de encuentros la que comunica la fascinación de la aventura cristiana. El desafío que nos espera es, por lo tanto, el de comunicar encontrando a las personas donde están y como son.

Franciscus

PARA REFLEXIONAR

- ¿Qué elementos te llaman más la atención del mensaje del papa Francisco?
- ¿Qué hace falta para aprender a escuchar a los demás en la familia, en el grupo o en la Iglesia?
- ¿Cuáles son las cosas que distraen para escuchar con el corazón a los demás?
- ¿Crees que estás escuchando a Dios en tu vida personal?
- ¿A qué te compromete este mensaje del papa Francisco?

Consejos Para la Escucha

7 Consejos para aprender a escuchar a los demás

1. No juzgues (Sé flexible, aceptador y tolerante)

Quizás lo más difícil sea lo más necesario: escuchar sin juzgar a la otra persona o sacar conclusiones. Recuerda que cuando alguien habla está usando el lenguaje para expresar los pensamientos y emociones que siente en su interior y que no tiene por qué ser totalmente preciso con las palabras.

2. Mantenga el contacto visual

Fija tu mirada en los ojos de la persona con la que estás hablando. De esta forma, sabrá que le estás prestando atención y que te encuentras comprometido con lo que está diciendo. El lenguaje no verbal puede expresar más que el de las propias palabras.

3. Sigue el ritmo de la conversación

Evita las distracciones que puedan hacer que, en un momento dado, te desconectes de la conversación.

4. Asienta con la cabeza de vez en cuando

Es importante que, de vez en cuando, hagas saber a la otra persona que estás de acuerdo con lo que te está transmitiendo. Una forma de hacerlo es afirmar con la cabeza o, incluso, sonreír. Sabrá que le estás escuchando

y mostrará más interés por seguir hablando.

5. Empatiza con sus palabras (por ejemplo, repitiendo lo que acabas de oír)

Esto conlleva respetar los silencios, no acabar lo que el otro está diciendo, seguir el hilo de sus palabras...y un recurso muy importante, repetir lo que acabas de oír. Al repetir, de vez en cuando, lo que está hablando tu interlocutor le estás manifestando que estás concentrado en lo que dice y que estás poniéndote en su piel.

6. No cortes a la otra persona

Hay un momento en el que la conversación llegará a su fin de forma natural. Nunca debes de ser tú quien finalice de forma brusca el diálogo. Espérate a que la persona que tienes delante marque cuando acabar la conversación.

7. Interrumpe sólo cuando sea imprescindible

En la mayoría de las conversaciones la gente se interrumpe constantemente (o se grita). Cuando alguien interrumpe está mandando los siguientes mensajes:
+ Lo que tengo que decir es más importante que lo tuyo. + Esto no es una conversación, es una discusión y quiero ganarla. + No me apetece escuchar los detalles de tu opinión.

SUBSIDIO PARA LA LITURGIA

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR. SOLEMNIDAD

Este subsidio litúrgico es opcional ya que en nuestra Diócesis de San Pedro Sula, también, se celebra hoy el día del catequista. Esto no quita que en algunas de las Misas se pueda usar dicho subsidio.

Monición de entrada

Saludo..... Como a sus primeros discípulos, también a nosotros nos ha convocado hoy Cristo Jesús, para que vivamos en la fe el acontecimiento que celebramos: la Ascensión del Señor, cuando fue elevado a la gloria. Para la Iglesia naciente comienza un tiempo nuevo: la tarea misionera y la espera del Espíritu Santo como nuestro guía y defensor. Al hacernos conscientes de que la misión de la Iglesia es el anuncio de la Buena Noticia, celebramos hoy la 56 Jornada de las Comunicaciones Sociales con el lema: «Escuchar con los oídos del corazón». Agradeciendo a todos los comunicadores su servicio y pidiendo por ellos, ya que la comunicación es imprescindible para el desarrollo de las personas y de las sociedades libres, nos ponemos en pie y cantamos.

Oración de los fieles

Presidente: Dirijamos nuestras súplicas al Señor Jesús, mediador nuestro, sentado a la derecha del Padre, que vive y reina para siempre intercediendo por nosotros.

L. Para que asista continuamente a su Iglesia, a la que ha encomendado la misión de proseguir el anuncio del Evangelio hasta su venida gloriosa. Roguemos al Señor.

L. Para que inspire a los que gobiernan las naciones sentimientos de paz y de justicia. Roguemos al Señor.

L. Oremos por el camino Sinodal de nuestra Iglesia Diocesana, para que sea una gran ocasión de escucha recíproca y la comunión no sea el resultado de estrategias y programas, sino producto de la escucha recíproca entre hermanos y hermanas. Roguemos al Señor.

L. Para que el Espíritu Santo inspire a los comunicadores en su servicio a la verdad, de forma que, escuchando con los oídos y el corazón, sepan transmitir con fidelidad y compromiso renovado la Buena Nueva de Jesucristo. Roguemos al Señor.

L. Por los periodistas asesinados a consecuencia de su compromiso con la verdad, para que Dios acoja su “martirio” vital por acercarse a las *personas donde están* y alzar su voz, tomar su pluma y orientar su objetivo para contar la realidad tal y como es: con valentía y compromiso. Roguemos al Señor.

Presidente: Señor Jesús, que estás sentado a la derecha del Padre como Mediador nuestro, escucha nuestras súplicas y ruega al Padre por nosotros, ya que ponemos toda nuestra confianza en ti. Tú, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén